

FIN DE SIGLO

15
CÉNTIMOS



Miércoles 5 de Agosto de 1891

Año I — Núm. 3



FIN DE SIGLO

ALGO

Esta semana, mal que me pese, tengo que comenzar con una nota triste.

La literatura acaba de perder uno de sus mejores adalides.

D. Pedro Antonio de Alarcón, el novelista insigne, el gran estilista, el ilustre testigo de la guerra de Africa, ha bajado á la tumba rindiendo, como el último de los mortales, duro tributo á las leyes inmutables de la naturaleza humana. ¡Lástima que hombres como Alarcón no gocen el don de inmortalidad!

Los reducidos límites de que dispongo me impiden hacer la biografía del autor de «El niño de la bola» y «El sombrero de tres picos»;

pero ¿qué importa dónde ni cuando nació, si sus obras vivirán mientras viva la lengua Castellana, viniendo á ser de este modo autor contemporáneo en todos los siglos?

Baste saber que nació en Andalucía y de allí fué á la Corte cargado de ilusiones y manuscritos; que en la Corte luchó, con la energía y la constancia del genio contra la mezquina envidia y la ignorante petulancia de los que *han llegado* logrando vencer al fin, después de titánica lucha.

Ha sido bohemio, soldado, periodista y autor dramático; pero donde lució sus talentos y sus dotes de verdadero literato fué en la novela. Desde «El final de Norma» hasta «La Pródiga»; la historia de sus libros es una no interrumpida cadena de gloriosos eslabones

Ahora hacía ya muchos años que no escribía.

Dicen que por el estado de su salud, yo creo que debido á la evolución sufrida por la literatura y más que nada quizás, á la mal llamada crítica de ciertos sabios al uso que han conseguido, con sus destemplados escritos y estúpidas censuras, hacer enmudecer á muchos ingenios.

Pero no es esta cuestión para tratada aquí á la ligera.

Alarcón deja á su muerte un nombre glorioso con que enriquecer el catálogo del parnaso español, nombre que no podrán borrar con su baba venenosa los críticos insipientes.

Fin de Siglo se honra enviándole desde sus humildes columnas el homenaje de su admiración y su respeto.



La prensa de Madrid se queja de la descentralización que en favor de las provincias está realizando el verano.

Efectivamente, medio Madrid se ha desparramado de Norte á Sud, por toda la península.

Una de las capitales más favorecidas este año ha sido Valencia con motivo de las ferias que han reunido grandes atractivos.

A las veladas de la Alameda se les ha añadido la *kermesse* en el pabellón del Ayuntamiento, los certámenes de tiro, el gran festival de todas las músicas militares y de todas las de los pueblos de la provincia, y por último, la gran cabalgata histórica con que se cierra la feria.

Pero lo que verdaderamente ha llamado la atención de los turistas ha sido la batalla de flores; novedad introducida este año y puesta en práctica con tanto lujo y atractivos, que ha competido con ventaja con las de París y Niza.

No cabe dudarlo, porque siendo Valencia el país de las flores y de las mujeres hermosas, huelga decir que aquello sería digno del Eden soñado por el profeta.

En Cádiz han estado también de fiesta con motivo de la colocación de la primera piedra del nuevo astillero Vea-Murguía, en el que se ha de construir el buque de combate *Emperador Carlos V*.

Más de veinte mil personas asistieron al acto que fué amenizado por las bandas militares.

El astillero ocupa una superficie de cuatrocientos quince mil metros cuadrados próximamente.

El obispo bendijo las obras y luego hubo banquete y brindis como de costumbre.

El noble pueblo gaditano mostró gran entusiasmo.

Las obras en construcción son importantísimas y trabajan en ellas más de mil ochocientos obreros.



DONATIVO



Con asistencia del ministro de la Guerra y del capitán general del distrito, Sr. Pavía, han tenido lugar en Carabanchel las experiencias de tiro al blanco con luz eléctrica.

En lo alto de la casa-mata contigua á los edificios de la Escuela de tiro, habíase colocado el proyector de la luz eléctrica, que dirigiendo su foco á grandes distancias fingía en éstas una especie de aurora.

Ocultas en los repechos de la dehesa esperaban órdenes las tres baterías del quinto divisionario que habían de disparar sobre los blancos. Uno situado á 3,000 metros figuraba una sección de caballería; otro á 2,000 figurando una sección de infantería y otro á 1,500 que representaba una línea de tiradores.

Las pruebas fueron completamente satisfactorias. La máquina de luz eléctrica funcionó con notable regularidad.

Fué adquirida en París por los comandantes Aranaz y Mena.

Los que presenciaron estas experiencias dicen que fué un espectáculo maravilloso.

Vuelve á preocupar la atención de Europa la crisis monetaria de Portugal.

Pero, además de ser la política terreno vedado para mí, no quiero hablar de esto por que dice el refrán que «en casa del ahorcado no hay que mentar la soga» y «cuando las barbas del vecino veas rapar pon las tuyas á remojar.»

Miren ustedes por donde he comenzado hablando de cosas tristes y acabo hablando de cosas tristísimas.

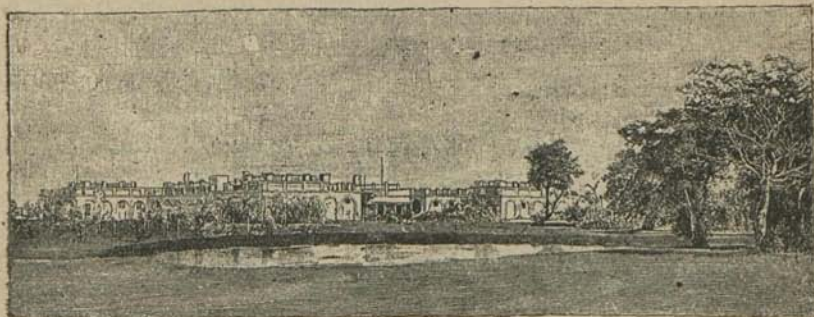
Voy á darles á ustedes una buena noticia para terminar con algo alegre.

Acaba de descubrirse un remedio eficaz y al alcance de todos, contra las enfermedades del hígado.

Sabido es que estas dolencias ocasionan tristezas de muerte y se necesita para combatirlas mucha distracción; pues bien, desde mañana la mejor distracción, la más barata y agradable será la lectura de la *Biblioteca FIN DE SIGLO*, que solo costará ¡15 céntimos!

¿Parece mentira, verdad?

PABLO DE SEGOVIA.



REMEMBER

Tenía siempre en la frente
algo como sombras vagas,
y era una frente muy pura,
era una frente muy blanca
como si la hubieran hecho
con rayos de luna y nacar,
pero que tenía dentro
como algo que le pesara
y aun sostenida en la mano,
se doblaba, se doblaba....
—¿Que tienes?—le preguntábamos
y siempre decía:—¡Nada!

Tenía los labios rojos,
como una amapola pálida,
y eran dulces sus sonrisas,
dulces como sus palabras,
pero siempre al sonreír
suspiraba, suspiraba,
y sus sonrisas tenían
entre sus labios de grana
lo que tienen esas flores
que al abrirse se desgajan.
—¿Que tienes?—le preguntábamos,
y siempre decía:—¡Nada!

Tenían sus ojos grandes
mucha luz en las miradas
y eran hermosos y negros
como una noche de lágrimas;
pero cuando en el espacio
inmóviles los clavaba,
tenía su luz el brillo
de las luces que se apagan.
—¿Que tienes?—le preguntábamos
y siempre decía:—¡Nada!

¡Pobre niña!... Fué perdiendo
los colores de la cara;
todo la ponía triste
y todo le disgustaba
y estaba siempre enjugándose
lágrimas que le asomaban...
y le decíamos todos:
—¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?
¿Qué tienes? ¿Por qué estás triste?
¿Qué tienes? ¿Qué tienes? ¡Habla!..
Y ella, siempre sonriendo,
siempre nos decía:—¡Nada!

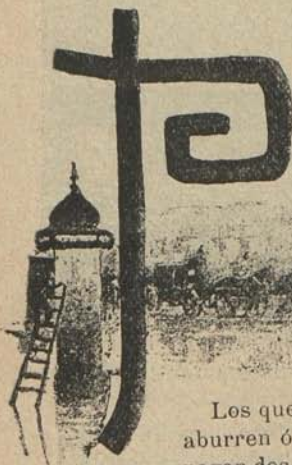


¡Pobre!... Sentada una tarde
al lado de la ventana
acariciando con mimo
con sus manecitas lacias
sus flores, aquellas flores
que eran la mitad de su alma,
sus campanillas azules
y sus azucenas blancas,
tenía, mirando al cielo,
fijas, fijas las miradas...

¡Hace mucho frío! dijo;
la abrigaron y temblaba.
Tosió y dijo suspirando
—¡Ay madre! esta tos me mata.
Vimos á sus ojos negros
querer asomar dos lágrimas
y en sus labios secos algo
como espuma roja y blanca:
dobló el cuello, dejó caer
las manos sobre la falda,
le preguntamos ¿Qué tienes?
¿Qué tienes, alma de mi alma?
Y se nos murió, diciendo
que ella, no tenía «¡Nada!»

MARCIAL DE LOS RÍOS.

Revista Parisien



PARIS no pierde nunca sus atractivos.

Aquí puede decirse que no se conocen las estaciones por la afluencia ó emigración de la gente en épocas determinadas.

Siempre es el París alegre, animado y elegante que habíamos soñado antes de verle.

Hasta el bosque de Boulogne tan característico en invierno, se halla hoy concurrido por la gente *chic* como en los crudos meses de las nieves y los hielos.

Las tardes del bosque son deliciosas.

Los que se interesan por el movimiento parisien, los que se aburren ó los que desean ver el desfile de mundanas y *cocottes* sin pagar dos horas de carruaje, van á sentarse en una de las avenidas y desde allí gozan de un bello panorama que se renueva cada instante, pero siempre hermoso y animado.

Las aventuras galantes parecen ser patrimonio de aquel oasis encantador.

Allí se dan cita los amantes incógnitos, y allí hacen sus mejores conquistas las elegantes horizontales y van á recojer miradas codiciosas y suspiros, que á veces se traducen en billetes de banco, las grandes artistas.

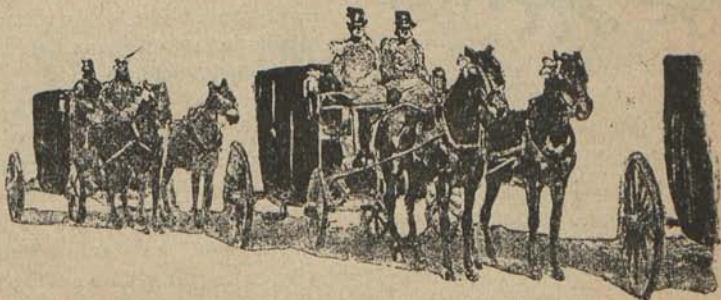
El paseante pedestre tiene ocasión de recojer allí notas é impresiones de todos géneros.

Es esta una capital cosmopolita en todo.

En tipos, en costumbres y en aventuras.

También están á la orden del día, ó mejor dicho, de la noche, los cafés-conciertos.

Los que pueden disponer de tres francos se instalan cómodamente en los sillones del centro de la sala y el resto del público se acomoda como puede en los lados.

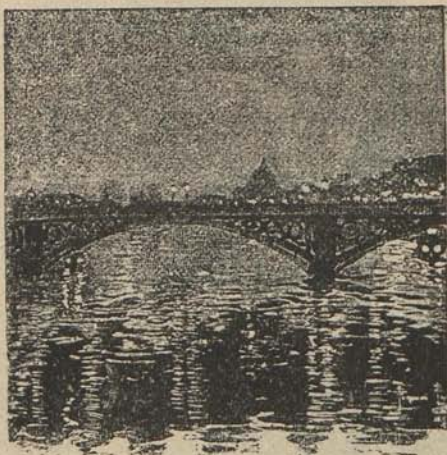


Desde allí no vé muy bien á los artistas; pero oye las *chansonnettes*. Hay quien á las ocho de la noche ya se instala para pillar un buen sitio.

El Circo es otro de los espectáculos en boga en París.

Ahí se desconoce la vida de los circos que aquí se vé de cerca.

Nada tan curioso é interesante como esas familias que desde el padre á los hijos y de la madre al tierno mamón, viajan gran parte del año, yendo de Copenhague á San Petersburgo; de San Petersburgo á Viena; de Viena á Madrid, partiendo á América cuando la Europa les ha visto demasiado y volviendo cuatro ó cinco años después con



nuevos *tours de force* y nuevos ejercicios.

Esa joven que monta á la alta escuela, ha trabajado cinco horas por día durante cuatro años antes de mostrarse en público. Los Hanlon, los Leopold, los Briatore sueñan un ejercicio imposible y en fuerza de constancia y de trabajo asiduo, acaban por ejecutarlo. ¡Qué progreso desde Leotard! Hay acróbatas que materialmente vuelan como si la naturaleza les hubiese dado alas.



Ese clown, con el rostro blanqueado, las cejas en lo alto de la frente, un microscópico sombrerete en la coronilla de la cabeza y un sol en las posaderas, no le reconocería nadie en el café donde va á cenar con su esposa y su hija, una hermosa americana que está aprendiendo el alambre. Viste con seriedad y elegancia y tiene todo el aire de un magistrado. Esos gimnastas que hace un momento hemos aplaudido, están ahora delante de una tajada de jamón y una botella de vino, como otro mortal cualquiera.

El uno es heredero de una importante familia de Filadelfia, el otro licenciado en farmacia en Nueva-York, el tercero abogado del colegio de Boston. Deseosos de correr el mundo, han aprendido un número y así viajan. Dentro de diez años los encontraremos dedicados al comercio ó la banca en una de las grandes ciudades de los Estados Unidos. El presidente del tribunal de X..., cuatro mil habitantes (Pensilvania) es un antiguo clown de la *troupe* Myers. Yo le he conocido en el Circo Americano de la plaza del *Château-d'Eau*.

El acróbata es un ser aparte dentro de la creación. Observad la entrada en la pista de esa joven que trabaja en la cuerda ó en el alambre.

La orquesta ejecuta un galop y ella aparece cubierta con una especie de capa de color chillón, que viene á ser la hoja de parra que oculta el decoro. Llega al pié del caballo y lanzándola al espacio aparece en mallas de color de carne, los brazos desnudos, el descote atrevido y el pelo suelto.

Este contraste violento es de gran efecto.

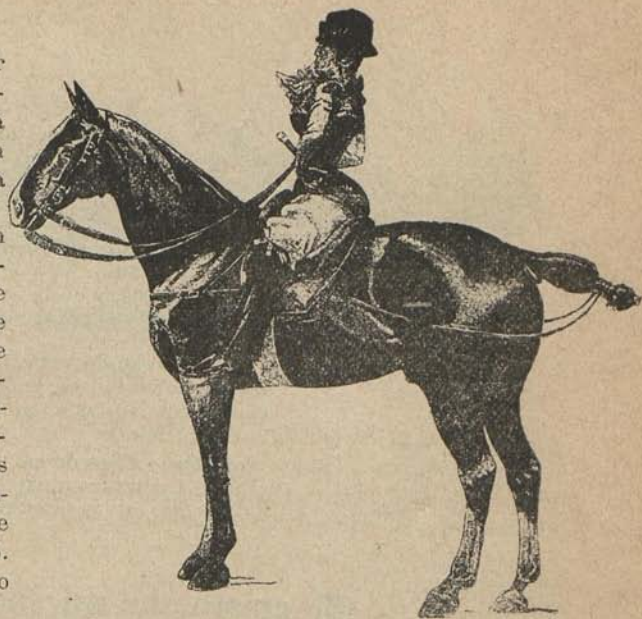
Prueba la tirantéz de la cuerda con la punta del pié y de un salto se coloca en equilibrio. Los ojos fijos sobre un punto de mira, baila, avanza, retrocede y se mece. Los brazos le sirven de balancin. Se deja caer sentada sobre la cuerda que la recibe y la repele como un trampolín y vuelve á quedar de pié inmóvil sobre el alambre. El público aplaude con entusiasmo y la acróbata, sonriente, satisfecha, orgullosa, envía con ambas manos besos á todos lados.

Mucho podría escribirse sobre los gimnastas, sobre su origen, sobre su porvenir y sobre las vicisitudes de su vida.

Las mujeres, particularmente, tienen todas una historia muy interesante; pero veo que me he extendido demasiado y lo dejo para otro día.

Salude usted, señor director, en mi nombre á los lectores de FIN DE SIGLO y V. disponga de su amigo

GUZMAN DE ALFARACHE.



EL FAUNO



Entre la sombra del follaje hundido,
esconde el viejo Fauno su figura,
y acecha, cauteloso, en la espesura,
la blanca niña que su pecho ha herido.

Brillan sus ojos lúbricos... El nido
le habla de amor, el viento le murmura
cálidas frases, y en la selva oscura,
¡amor! repite el pájaro escondido.

Flotar dejando sus cabellos de oro,
ligeras, ondulantes, vaporosas,
cruzan las Ninfas en alegre coro;

el Fauno elige de las más hermosas,
y huye á ocultar su espléndido tesoro,
del bosque en las penumbras misteriosas...

LEOPOLDO DÍAZ.

El cristo de mi madre.

Le cubrió de besos,
le contó sus males,
le bordó esas flores
que adornan su imagen:
puso en esa frente
cubierta de sangre
transida de pena,
sus labios amantes;
unió en ramillete
las rosas del valle
y cubrió con ellas
las plantas del mártir;
le colgó á mi cuello,
y con voz de ángel,
«¡guárdale!» me dijo
llorando mi madre.

El limpio sudario
que envuelve sus carnes,
las negras espinas,
los clavos punzantes,
la lámpara triste
que á intervalos arde
al muro arrojando
reflejos fugaces;
la cruz silenciosa,
y el santo cadáver
en ella vencido
por raza culpable;

¡oh, cuánta ternura
me inspira al mirarle
el Cristo que un día
guardaba mi madre!

—
Ya el sol en el cielo
se inflama radiante:
violetas y lirios
perfuman el aire;
ya tienen más música
las fuentes del valle;
vestidos de flores
se ven los altares;
se alegra mi aldea,
y allí, por las tardes,
al són de la esquila,
se reza la salve;
¡feliz primavera,
bendita la imagen
del Cristo á quien rezo
pensando en mi madre!

—
Yo siento á mis solas
hervir tempestades;
me acecha del mundo
la envidia cobarde:
el vicio asqueroso,
con faz repugnante,

su baba me arroja,
su abismo me abre.
Mas no la serpiente
con lucha implacable,
podrá de sus furias
el dardo arrojarme.
La cruz es mi escudo,
Y allí, del combate,
¡¡¡el Cristo me salva
que adora mi madre!!!

—
Por eso á sus plantas
le rezo constante;
por eso en él busco
remedio á mis males;
por eso arrancando
violetas del valle,
perfumo con ellas
las plantas del mártir;
por eso á mi cuello
llevando su imagen
de mi cuerpo misma
forma el suyo parte;
por eso una noche
cual siempre, al besarme,
«¡guárdale! me dijo
llorando mi madre.

ANTONIO F. GRILO.



EL ESCAPARATE



IRAD. El escaparate del retratista está completamente lleno de fotografías que atraen las miradas de los transeuntes. Hay retratos de obispos, de príncipes, de generales, de magistrados, de toreros, de mujeres virtuosas y de mujeres que no lo son...

Una amazona aparece montada á caballo y fumándose un cigarrillo; una espiritual condesa levanta el brazo desnudo por encima de su frente y forma con él un precioso marco á su hechicero rostro algo desfigurado por el fastidio —enfermedad que abunda entre las clases privilegiadas;— una aplaudida actriz enseña sus torneadas piernas, otra enseña algo más... No hay que hablar de los hombres porque todos ellos son feisimos.

Delante del escaparate se agolpa la muchedumbre. Un dibujante que acaba de encender su cigarro en el estanco próximo, se detiene un momento y mira con atención ciertas actitudes femeninas. Cuando se vaya de allí llevará en la memoria infinidad de apuntes que le sirvan para ilustrar algún libro de literatura funesta. Aquel joven delgado que lleva el traje raído, el sombrero grasiento y las botinas rotas, se ha parado á contemplar tristemente las caras de cien mujeres que él encuentra guapísimas... Su fortuna no le permite más que un goce: el de la contemplación. Después de suspirar se aleja presuroso, temiendo llegar tarde á la oficina en donde gana el pan cotidiano. El infeliz trabajará mal y dormirá peor... Es joven, está casi en la miseria y ha visto cuerpos voluptuosos y sonrisas enloquecedoras... ¡el suplicio de Tántalo!

Al grupo de curiosos se une un caballero respetable. Representa tener unos cuarenta y cinco años y va vestido con elegancia. A simple vista se conoce que no ha ido allí con propósito deliberado de pasar revista á la colección de rostros feos y bonitos. Sin duda quiere invertir el tiempo que falta para la llegada de una persona á quien espera con impaciente afán. Ni las pantorri-

llas desnudas, ni los senos mal cubiertos consiguen alterar en lo más mínimo las severas líneas de su rostro, que si alguna vez se contrae es para expresar el más absoluto fastidio.

Después llegan riendo y loqueando las jóvenes que salen de los talleres de costura. Van, de dos en dos ó de tres en tres, con las cabecitas altas y descubiertas, con los ojos inquietos, con los labios sonrientes y húmedos, con las mejillas encarnadas... Sus trajes son sencillos, humildes si se quiere, pero ellas saben llevarlos con gracia encantadora. Corren, saltan, empujan, codean, se rien en las narices de los demás, y escuchando requiebros y contestándolos con deliciosos mohines ó con alegres carcajadas, antes de que trascurren dos minutos, han logrado colocarse en primera fila y ahí las tienen ustedes con las frentes pegadas al cristal mirando y comentando todos los tipos y todas las actitudes. Hablan alto para que se las oiga, para que se sepa que conocen los nombres y hasta las aventuras de algunos de los fotografiados. Después se marchan como vinieron: jugando, riéndose, haciendo locuras... El caballero respetable se marcha también. Si no pareciese tan formal, cualquiera diría que renunciaba á continuar esperando y que para distraer su fastidio se iba en seguimiento de las alborotadoras jovencitas.

Viendo esa Exposición de rostros y cuerpos humanos, se pasa el rato agradablemente, salvo cuando hay apreturas á causa de que algunos espectadores insaciables creen tener derecho de estarse horas y horas en los primeros sitios, determinación que á veces es origen de fuertes protestas y discusiones. Porque hay que ponerse en el caso del infeliz que permanece largo tiempo en espera de que le toque el turno para recrearse en la contemplación de unas piernas bien formadas y tiene que marchar de allí sin haber podido ver otra cosa que la mofletuda cara de un canónigo ó la severa imagen de una milagrosa Virgen.

Ayer estaba yo ante el escaparate de la fotografía y noté que los curiosos apenas se fijaban en un gran retrato que había á mi derecha. Alguien lo miró durante unos segundos y apartó después la vista murmurando con indiferencia: «Es un monumento.» No era un monumento: era la Venus de Médicis. «He aquí una cosa rara: la Venus está desnuda, más desnuda que las señoras y señoritas que se hallan á su lado; y es mucho más hermosa que todas ellas!» Debí decir esto en voz alta, porque un amigo mío me tocó en el hombro y me dijo:

—En efecto: está desnuda y es bellísima; pero su desnudez y su belleza no hablan á los sentidos... ¡hablan al alma!

CÁTULO MÉNDEZ.

ENTRE BASTIDORES



—Marqués ¡vá usted forrado de pieles!
—Falta me hacen, hija mía, ¡son tan-
tas á despellejarme!

MAXIMAS DE CAZA



Quando se dispara contra una liebre, debe evitarse molestar en lo más mínimo á los vecinos.



No se debe nunca encender la pipa ni distraerse estando en la pista, pues cuando menos se piensa sale el javali.



No enseñar nunca el cuarto trasero á los cazadores cortos de vista.



No sentarse nunca sobre ninguna madriguera, sobre todo cuando se caza con compañeros inexpertos.



Para evitar todo accidente, cuando un cazador inexperto vaya á tirar, basta dar un salto, lo más graciosamente posible y colocarse sobre sus espaldas.



—¿Donde vés armado de tal suerte, esposo mío?

—A cazar con mi sobrino, y, como es un aturdido, tomo mis precauciones.

ADORMIDERAS

Cunden los adelantos y se propagan con rapidez cuando los pueblos están preparados convenientemente.

Así se explica lo que se han generalizado los experimentos de hipnotismo.

Porque el terreno estaba abonado para eso en nuestra tierra.

Ya no son los hombres aprovechados y estúpidos, los hombres de ciencia y los titiriteros científicos los únicos que se ocupan en estudiar los fenómenos del hipnotismo.

Como que vivíamos soñando sin darnos cuenta de ello, en cuanto se presentó lo mismo uno que otro, cualquiera, á refrescar las ideas de sonambulismo, brujería ó sugestión mental á distancia, verbal ó por escrito, y transposición de sentidos, vimos el cielo abierto.

Es decir, el cielo no, hablando en general: «el cielo andaluz», que me parece que es el título de un libro y de un establecimiento de vinos blancos y negros.

El cielo andaluz, con su poesía y sus colores y su transparencia...

¡Con que, digo, si acogeríamos con entusiasmo el arte, ó lo que sea, de la influencia por mirada, ó por el oído, ó por la voluntad simplemente!

La mágica y los dramas sangrientos y callejeros entusiasman á las muchedumbres.

Por presenciar una brujería ó una diablura, pagarían las gentes cuanto les pidieran, por supuesto, con la garantía de no salir embrujado ó endemoniado de la experiencia.

Cuando un infeliz muere de repente en algún sitio público, cuando riñen dos hombres, cuando se suicida una persona «al parecer decente», como suele escribir algún periódico ó algún periodista publicando la noticia, en todos estos casos hay expectadores que pugnan por ocupar las primeras filas

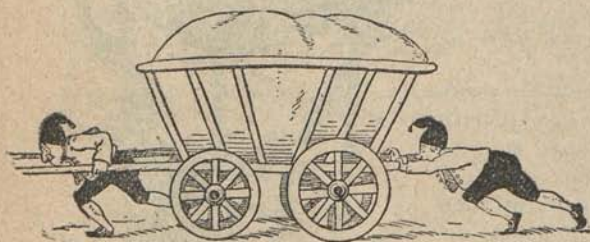


Somos vehementes y dados á fantasías, partidarios entusiastas del drama práctico y débiles ante las seducciones de la *juerga*.

Hablando generalmente, por supuesto.

De esta facilidad con que nos dejamos seducir por la maravillosidad y dominar por imaginaciones fúnebres ó halagüeñas, ha brotado sinnúmero de hipnotizadores y cómplices, y propagandistas.

El uno por el otro...



—En este librito encontrará el público — así lo ofrecen los complicados — los medios para «dormir á cualquier persona».

—¡Anda, chico, —decía un aprendiz de mago,— compro ese libro, y *catali morti*.

—Puede adormecerse á cualquier persona, bien sea hombre ó mujer, —continuaba uno de los ciegos propagandistas, — niño ó niña, joven ó viejo, persona natural ó extranjera ó mora.

La muchedumbre rodeaba al mago instrumentado, porque llevaba una guitarra, sin perjuicio de los libritos que ofrecía al país inconsciente.

— Pueden ustedes —decía una ciega que también vendía libritos para el culto del *sonembolismo*, como ella le denominaba — poseer el arte de hacer dormir á un amigo ó á cualquiera persona en sociedad, reunión ó lo que sea, y hacer de él ó de ella cuanto les acomode, con solo mandarles y contra su voluntad y sin que se enteren.

La ansiedad se reflejaba en cuantos semblantes de uno y otro sexo formaban el corro.

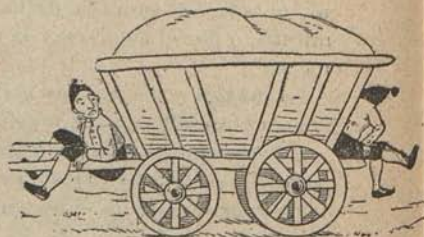
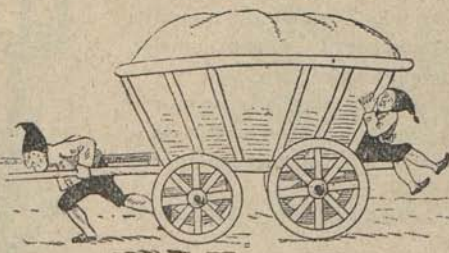
En las calles de Madrid se encuentran más de media docena de ciegos alusivos.

Pregonan un librito donde puede encontrar la persona curiosa y «pudiente» cuanto necesita saber para su felicidad y efectos consiguientes.

— ¡Cincuenta céntimos de real vale este librito!

Así lo pregonan los ciegos mágicos.

dicillo de cajista á un compañero, — ya no me importa que mi madre me amenace, con dormir al sereno si tardo mucho desde la imprenta á casa cuando salimos;



—¡Dios mío! ¡si me adormecieran ahora!—pensaban seguramente los espectadores.

Y algún tomador, de incógnito, pensaría también:

—Si se durmiera ó «me durmieran» al señorito que lleva el reloj .. pero ca, no servirá para nosotros eso del «despotismo para dormirse.»

—Ya lo he dicho,—repetía la maga con voz solemne,—se forma la «caena manética entre varias personas, y fácilmente se llega á manetizar á la persona que se quiere».

—¿A la persona que una quiere?—preguntó una joven, que parecía un tanto chula por la pronunciación.

—A la que se quiere manetizar, pues es claro,—respondió la propagadora de la mágica.

—Después se la pregunta,—continuó,—y ella responde á lo que se le ha preguntado con claridad y sin pensarlo siquiera; como un diputado mayormente.

—¿Eh, oyes?—preguntaba un estudiante á otro, pasando á la sazón al lado de la expendedora de textos con adormideras,—¡si pudiéramos llevarnos una sonámbula para los exámenes!

—También puede saber cualquiera la hora que es en un sitio donde no haya reloj, por el «manetismo» y por medio de un hilo ó seda y en la punta una aguja y la «misma pulsación» de la persona se lo dirá al contado.

Otros y otras propagandistas van más allá.

—Que quieren ustedes ganar una apuesta,—dicen,—que quieren, es un suponer, acertar el número que ha de salir premiado en la lotería; en fin, cualquier otro divertimento: pues no hay más que dormir á cualquier persona y que lo diga. Medio real nada más vale este librito, y aquí está todo.

—¡Medio real la fortuna!

Cuesta más el último de los folletos con poesías del último de nuestros poetas.

—¿Tiene láminas?—pregunta una madre de familia.

—No, señora.

—Pues entonces no se lo compro al chico.

—¿También quería usted láminas por ese precio?

Una moza del gremio de servicios y no contra incendios, pregunta:



Ella.—Dicen que el zumo de la pita quita toda clase de manchas?

El.—¡Buena falta le está haciendo una pita á tu reputación!...

—¿Tiene también algo de cocina?

—No, hija, parece que quieren ustedes que sea esto una biblioteca.

Y añadió, dando su tarea en aquel sitio y encaminándose en busca de otro público:

—¡Parece mentira! ¡lo atrasados que estamos! y aún nos quejamos de los consumos y de otras cosas. Si la verdad es que primero que nos meten en la cabeza nuestra conveniencia... ¡Medio real vale el librito para dormir á cualquiera y hacer cuanto se quiera hacer sin responsabilidad!

Esto dá gusto: es la verdadera libertad de imprenta y de comercio.

EDUARDO DE PALACIO.



Si es verdad que existen ángeles, iguales deben ser á la niña á cuya memoria están dedicadas estas líneas.

Pura se llamaba, y jamás nombre alguno fué más oportuno y adecuado á la persona que lo llevaba.

Era un dechado de bellezas y perfecciones.

Para dar perfil á su rostro y formas á su cuerpo, la estética, dentro de las más rigurosas proporciones y la más inalterable armonía, combinó las líneas con atrevimientos sublimes llenos de belleza y elegancia; el sonrosado matiz de su cara, el puro azul de sus ojos, el rojo carmín de sus labios, la

deslumbradora blancura de sus carnes y el dorado color de su cabello, yo no sé de donde los tomaría, porque en el mundo no hay flores, lagos, coral, nieve ni oro, que con ellos puedan compararse.

Esto en la parte material; en la espiritual, un alma tan pura, tan sublime, tan elevada, tan hermosa, que escapaba, no digo yo al análisis: hasta á la admiración de cuantos la conocíamos y tratábamos.

Había en Pura algo superior, algo grande, algo extraordinario, que suspendía y hasta atemorizaba.

Imposible mirarla fijamente.

De su ser irradiaba una luz tan viva, un fulgor tan brillante, que obligaban á desviar la vista é inclinar la cabeza, como se inclina ante todo lo que nos deslumbra é impone.

Pura era feliz, completamente feliz. Su inocencia la defendía contra los dolores del alma, que son los que más mortifican.

Su vida era un continuado éxtasis, la materia no turbó jamás con sus avasalladores deseos y apetitos, sus castos sueños de virgen.

Vivía en el mundo, sin vivir en él.

Casi podría decirse, que sus pies apoyábanse en la tierra, pero que su frente tocaba al cielo.

Y á tan gran altura ¡naturalmente! nuestros vicios, nuestras debilidades y nuestras miserias, no la alcanzaban.

Amaba y adoraba á Dios, por que lo comprendía, pero lo amaba y adoraba como deben amarle y adorarle los ángeles, no como le aman y adoran los mortales; sin sujetarse á prácticas y ceremonias, que roban á la oración de sincera y espontánea, lo que la prestan de aparatosa y brillante.

Sus plegarias eran himnos entonados á la gloria de *El Altísimo*, no egoistas súplicas ó serviles demostraciones de esclavitud y vasallaje.

Sucedió, lo que era lógico y natural que sucediese. El mundo no supo comprenderla, y por ig-



norancia, por envidia ó por sistema, que siempre hace lo mismo, se empeñó en destruir tanta felicidad, tanta pureza, tanta calma.

¡Y cosa inaudita! sus mismos padres fueron los encargados de ejecutar tan bárbaro propósito.

Un día, reunieron consejo de familia presidido por un sacerdote íntimo amigo de la casa, para tratar del destino que á la niña debía darse.

Fueron de oír los discursos que parientes, amigos y deudos pronunciaron con tal motivo.

Todos convenían en una cosa; en que Pura era demasiado inocente para vivir en el mundo.



¿Cómo podría su inexperiencia salvar todos los escollos de la vida y resistir las terribles tentaciones del *enemigo*?

El sacerdote que presidía la reunión demostró con gran acopio de datos y profundamente emocionado, que Dios quería aquella cándida oveja para su rebaño, y que era indispensable dedicársela.

Y no hubo más que hablar: quedó unánimemente decidido, que Pura ingresase en un convento, para mayor honra y gloria de Dios.

Sellose tal resolución con unas cuantas oraciones en acción de gracias por haber estado tan oportunos y felices interpretando la voluntad divina y apresuráronse á ponerlo en obra.

Hasta alguno llegó á concebir la idea de que Dios conservaba á la familia la alta é inmerecida honra de contar entre sus individuos una santa.

¡Y quién sabe si no se engañaban los que tal suponían! Una de las cosas que mejor preparan para la santidad es el martirio y ellos disponíanse á martirizar á la pobre niña haciéndola descender de las alturas á donde su inocencia y sus virtudes la habían elevado, para ligarla con las ataduras de las preocupaciones, el fanatismo y las costumbres.

¡Pobre mundo que no sabe ver mas que con los ojos de la materia, y que siempre se empeña en comprender lo que está muy por encima de sus miserias y mezquindades!

Y al convento la llevaron.

Pura no se dió cuenta al pronto de lo que le sucedía. Es más, hasta fué gustosa al sacrificio. ¡Qué sabía ella de clausuras y de rejas! ¿No encontraría allí cándidas flores á quienes hacer sus compañeras y hermanas y cielo azul y despejado donde clavar la investigadora mirada en busca de un *algo* superior que adivinaba sin comprender? pues ya tenía bastante.

¡Pero hay! vinieron las inflexibles reglas que la impedían moverse y obrar con la libertad acostumbrada; vinieron los mandatos, obligaciones y preceptos que la decían, que para adorar á Dios, había que encerrarse en la oscuridad del templo como si aquella raquílica y negruzca bóveda, diera paso

mejor á las plegarias que la extensa y azul del firmamento; vinieron las advertencias y sermones, que la avisaban peligros y faltas, que nunca había ni sospechado.

Y la pobre niña, empezó á sentir en su interior luchas, temores y dudas que nunca había sentido.

Todos aquellos hermosos espejismos y arrobamientos de otras veces, huían poco á poco dejando un vacío que las nuevas ideas no conseguían llenar.

Aquel Dios tan grande, fuese achicando á sus ojos al verlo encerrado por el fanatismo en tan estrecha cárcel; aquella tranquilidad y pureza, fueron desvaneciéndose fustigadas por la materia que había despertado de su sueño y

pugnaba por conquistar el dominio de aquel ser.

Y Pura no tenía fuerzas para oponerse á tan devastadora invasión; y luchaba, y sufría, pero todo inútil; era impotente para resistir tanta decepción, tanto desengaño, tanto martirio.

¿Qué sucedió al fin? que las fuerzas de la pobre niña se acabaron; que los dolores morales fueron tan repetidos y crueles, que de ellos se resintió hasta su naturaleza.

Matan más los padecimientos del alma que los del cuerpo.

Una mañana fueron á despertarla y la encontraron muerta.

En sus labios había quedado impresa la misma dulce y plácida sonrisa de otro tiempos.



La muerte fué más compasiva que el mundo, pues la arrebató al martirio que este la había impuesto y le desató las alas que le habían aprisionado con fuertes ligaduras, para que pudiese volar á regiones más puras y elevadas.

A. CONTRERAS.



LA COPA ETERNA

E las penas de muerte que ejecuta
nuestro destino impío,
en Sócrates se llama la *cicuta*;
en Cristo *hiel*, y en cuanto vive *hastío*.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Á TODAS... Á TODAS ELLAS

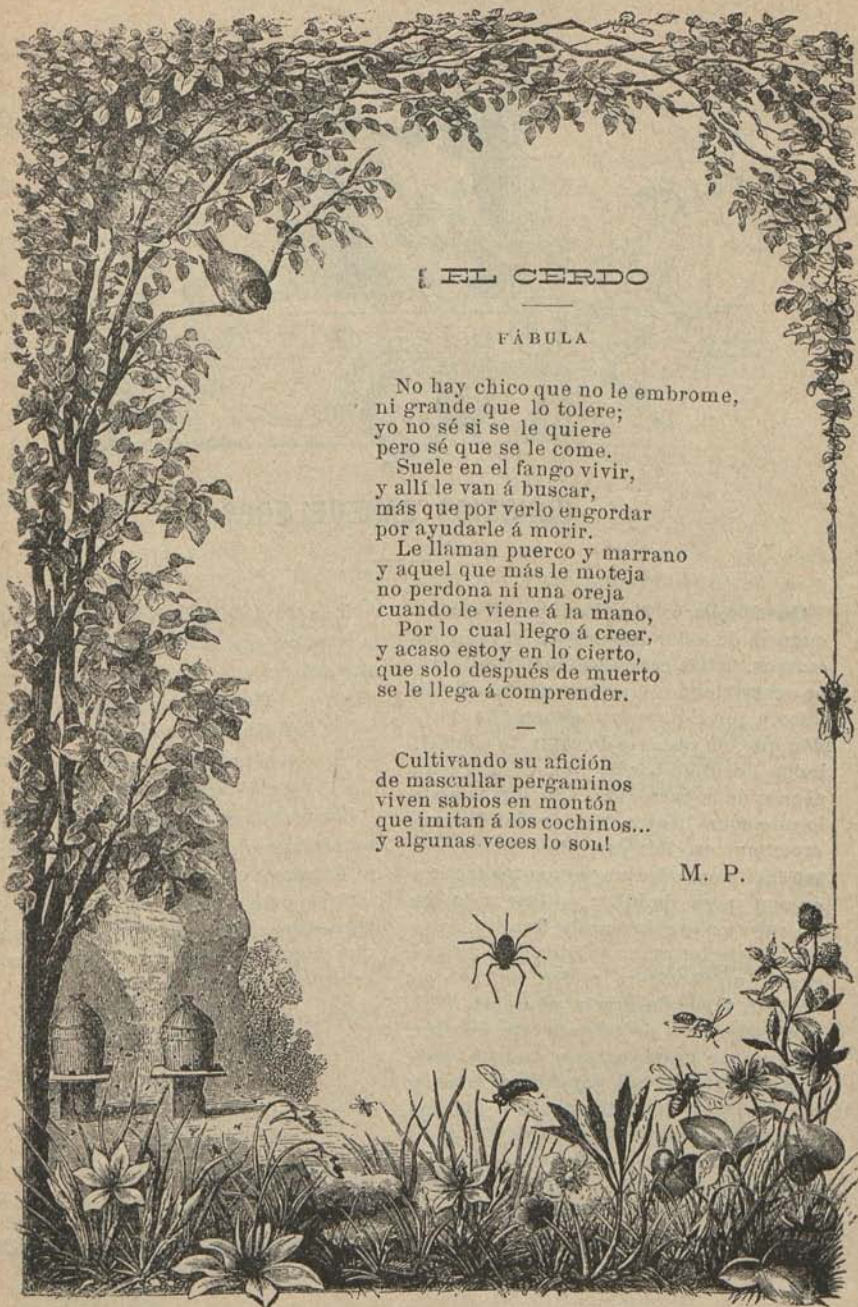
Las flores abre y dilata
con luz tibia el sol de Mayo;
pero en Agosto, ese rayo
que les dió vida, las mata.

El amor más ideal
puede á una flor compararse,
destinada á marchitarse
sobre el lecho conyugal,

Todas habreis conocido,
por los cambios de aquel rayo,
que el novio es el sol de Mayo
y el sol de Agosto el marido.

¡Pobre mujer, cuando ves
que es rayo nuestra pasión
que aviva tu corazón
para agostarlo después!

R TORROMÉ.



EL CERDO

FÁBULA

No hay chico que no le embrome,
ni grande que lo tolere;
yo no sé si se le quiere
pero sé que se le come.

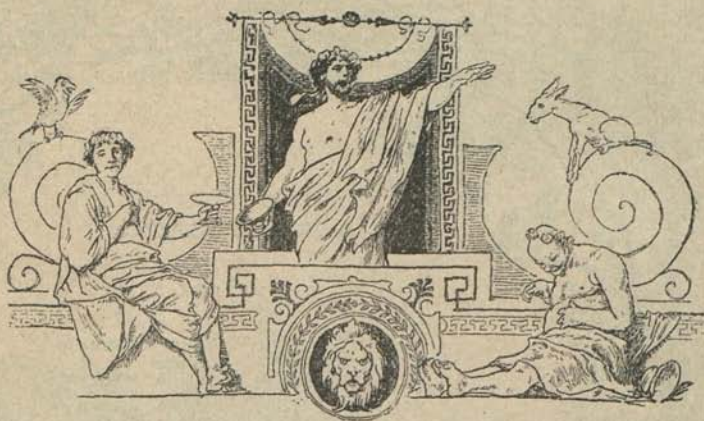
Suele en el fango vivir,
y allí le van á buscar,
más que por verlo engordar
por ayudarle á morir.

Le llaman puerco y marrano
y aquel que más le moteja
no perdona ni una oreja
cuando le viene á la mano,

Por lo cual llego á creer,
y acaso estoy en lo cierto,
que solo después de muerto
se le llega á comprender.

—
Cultivando su afición
de mascullar pergaminos
viven sabios en montón
que imitan á los cochinos...
y algunas veces lo son!

M. P.



CONSEJOS ZARZUELEROS

Querido Paco: Me dices que, á consecuencia de estar cesante en el ramo de correos, te has propuesto matar el tiempo escribiendo una zarzuelita. Es lo mismo que si dijera un general de división que, de resultas de estar de cuartel, había decidido bordar una casulla para el cura de la parroquia. Tan lógico sería lo uno como lo otro. Muchos son los que creen que escribir para el teatro es cosa tan fácil como dar unos cuantos tacazos en una mesa de billar, entrar á tomar un refresco inglés (jarabe frappé), ó dar el timo de los cucuruchitos de perdigones á un forastero recién entrado en Madrid, y por desgracia no es así. Pero como tú no has de convencerte de ello, aunque me costaría poco trabajo probártelo, renuncio al papel de dómine, y me limito á hacerte algunas ligeras observaciones acerca de la estructura de la zarzuela, por si logro que mates con menos ensañamiento el tiempo y el arte.

Te recomiendo mucho los coros, porque es donde hay que buscar la repetición.

Si se trata de aldeanos que madrugan la letra es casi siempre la misma, y por este estilo:

¡Hermosa mañana!
¡Cuán luce ya el sol
con nubes de grana
y rojo arrebol!

Las mañanas en las zarzuelas son generalmente de primavera, sin escarchas ni heladas.

Si es cuestión de conspiradores ó de alguaciles que los persiguen, ya se sabe que el coro ha de ser á media voz con el «chitón» de pié forzado:

Marchemos con sigilo,
con gran precaución.
Chitón, chitón.
Está todo tranquilo,
no se oye un moscón.
Chitón, chitón.

Por supuesto, los coristas se van retirando hacia atrás con el cuerpo muy inclinado hacia adelante, como si les doliera el estómago, hasta que el último suelta el postrer chitón.

A poco que la *claque* apriete, esta clase de coros es de repetición infalible.

Los coritos de niñas intencionadas más ó menos *piernográficas*, es decir, con más ó menos abrigo en las piernas, deben tener una letra que *haga pensar*.

Por ejemplo, ésta:

Me canso de estar con palma.

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Así debe estar el alma
de Garibay.

Yo quiero un novio con coche
y mucho parné,

¡quiero pasar la noche

¡ay! ¡ay! ¡ay!

como yo me sé.

Y como ningún espectador ha de ir á preguntar á ninguna de las coristas cómo saben que quieren pasar la noche, resulta que la mayor parte de los oyentes se engolfa en un mar de suposiciones malévolas.

Los coros de furia guerrera con acompañamiento obligado de bombo y platillos y chafarotes al aire, deben estar descargaditos de letra, para que pueda trabajar mejor el pulmón.

Los infinitivos juegan mucho en estos casos.

A luchar

sin tardar;

á vencer

y á triunfar.

Sí, sí, á vencer;

sí, sí, á triunfar.

Estos síes son ripios musicales de más consumo que las pastillas Geraudel.

En cuanto á las partes, te recomiendo que no dejes á la tiple ni al tenor sin su romancita corres-

pondiente del género triste, porque ya es sabido que hasta el último acto andan los pobres desazonadillos, arrullándose

unas veces, y las más poniéndose de ropa de Pascua.

Te aconsejo que exijas al músico que preceda á la salida de la tiple un solito de flauta, porque eso predispone bien al público, que dice: «Flauta en la orquesta, tiple á la vuelta.»

Puede cantar estas endechas:

Valles, colinas, montes,
extensos horizontes
que el sol iluminó,
paisajes halagüeños,
todos estais risueños;
sólo estoy triste yo.

Por supuesto, que ni los valles ni los paisajes están risueños, ni hay para qué; y si el telón de fondo se ríe, será en el sentido de las botas, cuando se agrietan de puro usadas.

Se usa mucho para los tenores la forma preguntona:

¿Por qué la hallé en mi camino?

¿Por qué en su luz me abrasé?

¿Por qué tan fiero el destino
conmigo fué?

¿Por qué, por qué?

Nadie le contesta, ni á él se le importa un rábano; suelta el grito final, y romanza fuera.

En los dúos no olvides la plantilla.

La tiple entona la primera su andante por deber de cortesía, le contesta el tenor, y luego se van hacia el foro para prevenir el allegro, toman una carrerita hacia la concha del apuntador, y agarrados de las manos y después del indispensable ¡ah!, cantan:

¡Oh inmenso alborozo!

No hay gozo
mayor.

Bien mfo, te quiero
me muero
de amor



El director de orquesta blande la batuta, como diciendo «al que desafíe le atizo,» y los *ductistas* se duermen lo que pueden en el calderón y dán el do de pecho ó de cogote que sus facultades les permiten.

No te preocupes del bajo, traidor casi siempre de nacimiento, ni del barítono, porque como los riñones, son cantantes *salteados* que entran bien en cualquier combinación musical.

Son de mucha utilidad en los concertantes, donde tienen el cargo de repetir treinta ó cuarenta veces:

¡Oh qué emoción!
¡qué situación!
¡cómo me late el corazón!

El tenor cómico es la rueda catalina del género y debes esmerarte en escribir *couplets* con sonsonete.

Yo soy muy bribón,
yo soy muy pillín,
Catapún chinchín,
catapún chinchón

Nada te hablaré del argumento, porque supongo que ya lo tendrás urdido en tu cabeza con arreglo al último figurín.

De todos modos desearé, que cuando se estrene tu zarzuela y el público pida la... presencia del autor, no se equivoque, si estás ausente, el actor que dé tu nombre, y diga, como sucedió en una ocasión:

«El original del autor es don Fulano de Tal, que acabamos de representar, y la obra no se encuentra en el teatro.»

Adios. Siempre tuyo,

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

NO EXISTE

MELODÍA

Te busco en vano como la abeja,
busca las flores en que libar,
como las olas buscan la playa,
como el acero busca el imán.

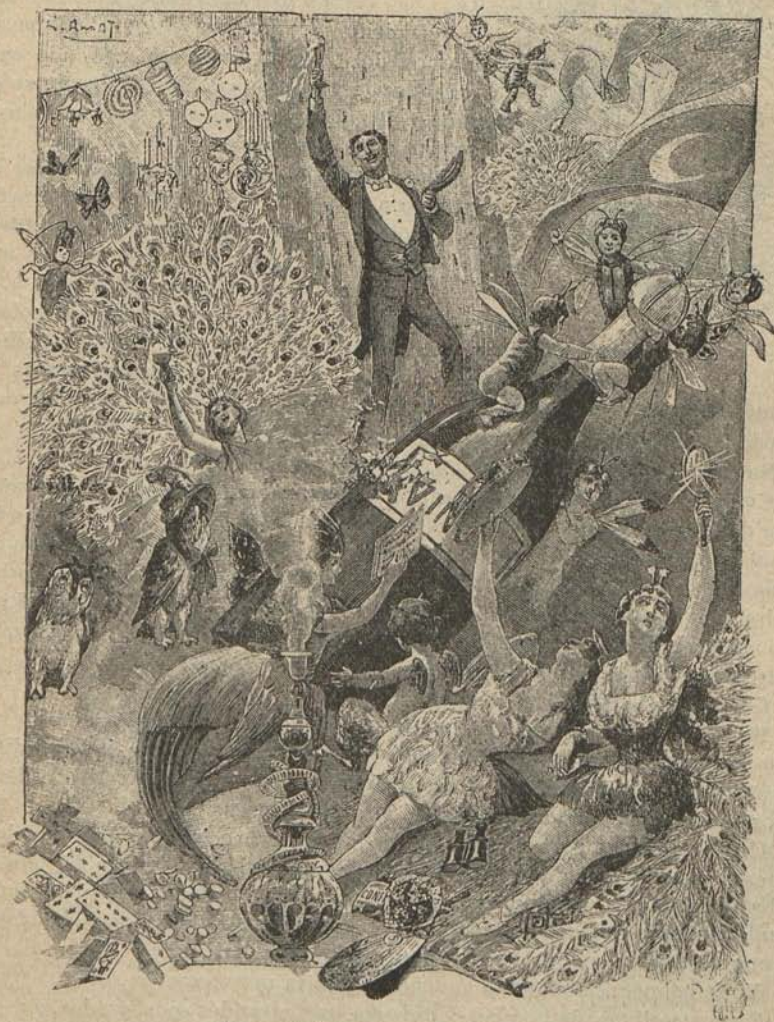
Te busco en medio de la fortuna,
en los placeres que el amor dá:
de las lisonjas en el murmullo,
en los halagos de dulce paz.



Te busco ansioso de noche y día.
¿Dónde te ocultas, que aquí no estás?
Solo he logrado saber tu nombre...
¡Sé que te llamas felicidad!

MANUEL DEL PALACIO.

FANTASIA



(Composición y dibujo de L. Amat.)



LAS HOJAS SECAS

Vivía á extramuros de la ciudad, en un pisito interior con vistas al campo. Los álamos del camino azotaban, con sus ramas cargadas de verdes hojas, los vidrios de su ventana y el sol penetraba alegremente todas las mañanas á despertarla para el trabajo.

Tenía su casita tan limpia y aseada que daba gozo contemplarla. En la alcoba su camita blanca como el ampo de la nieve, medio oculta por anchas cortinas de percal muy planchadas; en la sala una cómoda barnizada llena con su ropita, cuidadosamente distribuida en los cajones; sobre la cómoda una imagen de la Virgen de la Soledad, seis sillas de enea, una mesita de pino y algunas estampas baratas pendientes de la pared, componían todo su moviliario. En el alféizar de la ventana nunca faltaban macetas de flores, que ella cuidaba con solícito afán.

Su casita, como ella la llamaba, respiraba pobreza, pero no miseria.

Cuando entraba uno en ella sentía una sensación de bienestar extraña. El aire del campo que penetraba por la ventana, la luz que á través de las flores pasaba sonriendo, como complacida de alumbrar aquel nidito, el canto de las aves que se alvergaban en los álamos y el murmullo de las hojas de estos copudos árboles que se agitaban dulcemente al soplo de la brisa, daban tal poesía á la casita de Rosa, que muchas veces, ¡fenómenos de nuestra naturaleza! sentí asomar á mis ojos una lágrima de ternura y de complacencia.

Cuando yo la conocí vivía sola.

Su tía, anciana virtuosa que la había servido de madre había muerto, y ella, que no congeniaba con sus compañeras y gustaba de vivir independiente y dueña de sus acciones, había tomado aquel pisito y allí vivía retirada del mundo, pensando sólo en sus flores y en sus quehaceres.

Cosía en blanco para una tienda en donde la apreciaban mucho y solo salía de casa para ir á devolver la labor ó á buscar trabajo. El resto del día lo pasaba detrás de la ventana cose que cose, cantando como un ruiseñor ó pensando en esos mil deseos vagos de la adolescencia, fantasmas informes que llenan de ilusiones el cerebro y de esperanzas el corazón.

Yo la conocí una mañana que salía de misa muy tempranito.

Su rostro lleno de bondad y dulzura, sus grandes ojos pardos, su cuerpo esbelto y su aire modesto y recatado me impresionaron vivamente.

La seguí de lejos sin ser notado y la ví entrar en su casa.

Todas las mañanas, antes de ir á clase, pasaba por debajo de su ventana y la veía, siempre afanosa, inclinada sobre su labor.

Ella al fin se fijó en mis paseos, pero no los alentó con sus miradas. Cuando me veía venir parecía ruborizarse, inclinaba la cabecita, y cosía con ardor.'

Llegué á acostumbrarme tanto á aquellas visitas que no faltaba ningún día.

Jamás la había hecho una seña ni me había atrevido á iniciarla mi amor de ningún modo.

Me causaba respeto su virtud y su soledad y al mismo tiempo temía turbar con mis pretensiones la paz de aquella alma pura.

Creo que llegó á acostumbrarse á mis visitas matinales, por que después de algún tiempo, cuando me veía brillaba en sus ojos un relámpago de alegría y el rubor de sus mejillas era más intenso y menos disimulado.

Yo había comprendido que la gustaban las flores, por el afán con que cuidaba sus tiestos, y todas las mañanas la arrojaba un ramo al pasar. Ella me sonreía con encantadora complacencia y yo me alejaba orgulloso y rebosando felicidad por los cuatro costados.

Nuestras relaciones no pasaron de aquí.

Vinieron las vacaciones y tuve que partir á mi pueblo.

¡Cuanto sentí abandonar á mi buena amiguita!

La última vez que la ví, antes de tomar el tren, se me agolparon las lágrimas á los ojos y tuve que pasar casi corriendo para que no notara mi emoción.

Cuatro meses estuve en mi pueblo acordándome siempre de ella y haciendo el propósito de declararla mi amor en cuanto volviera.

Volví al fin.

Era el mes de Octubre y las hojas secas comenzaban á desprenderse de los árboles formando movediza alfombra sobre campos y caminos.

Sin saber por qué, me hacía daño aquella agonía de la naturaleza.

Pensaba en ella y en sus flores y se me oprimía el corazón.

Mi primera visita fué para ella.

¡Hay! En su ventana no habían flores, los álamos que azotaban sus cristales estaban secos, el sol penetraba triste y plomizo en su habitación y ella... ella había desaparecido.

Bajo mis pies se quejaban, holladas por mis plantas, las hojas de los árboles y al ser arrastradas por el viento parecían decirme en su lamento extraño «¡No la verás más! ¡Era una flor de primavera y como nosotras ha muerto á la entrada del invierno!»

Efectivamente, había muerto...



Una vecina á quien pregunté me lo contó todo.

—Comenzó á ponerse triste—me dijo—sin saber porqué. Se pasaba los días asomada á la ventana como esperando á alguien. Ya no cantaba, y lloraba mucho. Cuando vino el mes de Septiembre comenzó á toser y á esputar sangre. Vino el médico y dijo que se moría. A la entrada del Otoño, á la caída de las hojas, espiró como un pajarito. Yo la asistí. Murió besando unos ramos de flores que tenía siempre al alcance de su mano. ¡Pobrecita, era una santa!...

Mientras la vecina hablaba lloraba yo como un niño.

Quise ver su habitación y me la enseñaron. Estaba vacía y por la ventana habían penetrado, arrojadas por el viento, millares de hojas secas que parecían llorar la ausencia de su amiga.

Me arrodillé en el suelo, besé el sitio donde había muerto y salí de allí herido de muerte el corazón.

Desde entonces las hojas secas me la recuerdan siempre, y cuando veo el escobón de los guardas de paseos que las barren sin delicadeza, me parece que barren trozos de mi corazón.

Las hojas secas son para mí sagradas y les rindo un culto fervoroso.

V. S. CASAÑ.

ESCENA ÍNTIMA



No sé si estaré acertado,
pero juzgo por las trazas,
que le han dado calabazas
á este pobre enamorado.